

Hubo un tiempo que fue hermoso y libre de verdad...

por Emilio L. MAGNAGHI

Niall Campbell Douglas Ferguson es un historiador, escritor y profesor británico especialista en historia económica y financiera, así como en la historia del colonialismo. Dicta la cátedra Laurence A. Tish de Historia en la Universidad de Harvard y la cátedra William Ziegler de Administración de negocios en la Harvard Business School. Siempre ha mostrado un gran interés por los derroteros de la economía argentina, ya que sostiene que ella es una suerte de laboratorio en el que suceden cuestiones interesantes. Es más, sostiene que muchas veces, éstas se adelantan a las que pasan a nivel mundial.

Concretamente, en su libro *"The Ascent of Money"* (El Ascenso del Dinero), examina la larga historia del dinero, del crédito y de la banca; predice una crisis financiera como resultado de que la economía mundial y, en particular, el uso excesivo del crédito por parte de los Estados Unidos están produciendo un gran burbuja, a punto de estallar.

Históricamente, sostiene que fue la República Argentina, en la que produjo el primer default de la historia y que llevó a la Casa Baring Brothers de Londres a la quiebra. Este se produce por nuestro incumplimiento de pago de un empréstito contratado por el ministro de gobierno y de RRII del gobernador de Buenos Aires, don Bernardino Rivadavia, en julio de 1824, por un total de un millón libras esterlinas. Dicho empréstito se terminaría de pagar 80 años después, durante la presidencia de Julio A. Roca.

Para hacer una historia larga, muy corta, valga citar a otro medio británico. En este caso el diario especializado en economía, *The "Financial Times"*, quien en su edición de la semana pasada sostiene que la Argentina se aproxima hacia su 9no default.

No es el objeto de este artículo hacer la historia de nuestros fracasos económicos. Tampoco, hacer una prognosis del futuro. Nuestro objetivo es mucho más humilde, es contar la historia de cuando nuestra economía funcionaba. Tal vez, solo tal vez, puede ser que encontremos algunas pistas para salir de estas crisis recurrentes.

Para empezar, empecemos bien lejos, cuando éramos apenas un proyecto de Nación. Es el experto en economía americana, Carlos Louge, quien nos cuenta en su libro *"Keynes y Gesell ¿Nuevo Paradigma?"* que, ya desde la época de las Reducciones jesuíticas, existía por estas tierras todo un sistema económico digno de ser estudiado. Uno que fue, luego, perfeccionado

y continuado por el pensamiento del abogado Manuel Belgrano, del banquero Ernesto Tornquist y del economista Silvio Gesell.

El sistema de economía jesuítica descrito por Louge estaba basado en las ideas de la denominada Escuela de Salamanca. Pero, fue un americano, Juan de Matienzo, oidor de la Audiencia Real de Charcas del Virreinato del Perú, quien elaboró la primer teoría conocida sobre el precio justo de los bienes y servicios, y que impactó directamente sobre las elaboraciones posteriores de esa precursora Escuela Económica española.

Al contrario de lo que muchos siglos después sostendrían los economistas capitalistas y marxistas, Juan de Matienzo afirmó que al margen del “valor intrínseco” de todo bien, lo que existía era un mecanismo denominado “Sistema de Precios”, dado que el llamado “valor intrínseco de la moneda” no existía. Esto es que el oro o la plata no le daban valor a la moneda, sino que eran los bienes y servicios que la moneda representaba lo que se la daba. Desmintió la teoría del “Valor intrínseco” y la reemplazo por la “Teoría de los Precios” como sistema de valoración y cálculo del mecanismo económico (costos de producción, distribución, etc.); y hay un “valor extrínseco” luego (dado por su necesidad y escasez), que importaba la fijación del precio de acuerdo a su demanda. Allí se proponía, por primera vez, el mecanismo de la “Oferta” y la “Demanda” de bienes y servicios como mecanismo fijador de precios, 200 años que los ingleses lo sistematizaran a través de su máximo exponente, Adam Smith. Se creaba la noción de “Mercado” y el concepto de “Concurrencia” en América antes que en Europa.

Es lo que se conoce como la paradoja del precio del agua y de los diamantes. Mientras que el agua es un producto de gran utilidad su precio es bajo dada su abundancia. Por el contrario, las piedras preciosas, si bien tienen algunas aplicaciones prácticas, su alto costo radica en su escasez.

Ahora, bien, como razona Matienzo, qué pasa si necesito un vaso de agua en medio del desierto. Obviamente, que su precio subirá en función de lo que una persona sedienta esté dispuesta a pagar.

Otro ejemplo de ideas de avanzada lo encontramos en las del jesuita de la Escuela de Salamanca, Juan de Mariana, quien es el primer teórico en dar una explicación sobre el conocido fenómeno de la inflación, sistematizando también por primera vez, la diferencia entre “Valor Legal” de la moneda (fijado por el Príncipe, el Estado actualmente), y el “Valor intrínseco” establecido por el valor metálico de la moneda, inoperante para dichos teóricos.

Lo enuncia, en una época en que las monedas eran de oro y/o plata, pero que a pesar de ello, también, se despreciaban y sufrían inflación. Ante ello, Mariana aconsejaba que la Corona o sea, el Estado, era quien debía fijar su valor nominal con independencia a su valor en metálico.

Lejos de pasar desapercibidos estos aportes por las teorías económicas modernas, fue economista austríaco, Joseph Schumpeter, el primero en reconocer a la Escuela de Salamanca como la fundadora de ellas.

Este reconocimiento desde la dureza conceptual germánica no es extraño ya que desde el seno del Imperio Austro-Húngaro, el de los grandes reyes como Carlos V y Felipe II, las ideas de Salamanca eran muy conocidas y respetadas. Lo que permitió que, *mutatis muntandi*, se establecieran puentes que conectaban a ambos mundos. El americano con las exitosas experiencias jesuíticas y al europeo con sus ideas teóricas, por el otro.

Ello permitió que muchos siglos después dos pensadores americanos, pero de origen germano, revolucionaran, cada uno a su manera, el mundo de las teorías económicas.

Nos referimos al banquero argentino, descendiente de alemanes, Ernesto Tornquist y al economista argentino-alemán, Silvio Gesell. El primero, por ejemplo, cuando el mundo económico de su época se basa en la Libra Esterlina respaldada en el patrón oro, aconsejó que la Argentina la abandonara, durante la 2da presidencia de J.A. Roca, para conjurar la crisis económica de 1890. Para ello, el gobierno de Roca respondió creando el Peso Moneda Nacional, unificando el sistema monetario argentino. Acción que se concretó con notable éxito y que atrajo la atención mundial.

Cabe recordar, como la letra de la vieja canción de Sui Generis, "...que hubo un tiempo que fue hermoso y que fuimos libres de verdad..." Nos referimos, concretamente, a la Generación del 80, cuando gozamos de uno de los PBI *per capita* más altos del Mundo, lo mismo que altísimos índices de alfabetización, entre otras cosas.

Por su parte, Gesell gozó del raro honor de que uno de los mayores economistas de la historia, J.M. Keynes, sostuviera que sus ideas se basaron en las suyas y que afirmó que la posteridad más les debería a ellas que a las de Carlos Marx.

No es casual, nuestra última mención a Keynes, ya que es famoso, entre otras cosas, porque la leyenda sostiene que fueron sus ideas las que tomó el presidente norteamericano F.D. Roosevelt para sacar a su país de la Gran Depresión de 1929.

Nos preguntamos, si en lugar de mirar hacia afuera, en busca de teorías y doctrinas ajenas. No ha llegado el momento de buscar en lo nuestro. Cuando, precisamente, teníamos algo que decir y hasta éramos escuchados y respetados. Prefiriendo a lo nuestro, por sobre lo que nos es ajeno.

